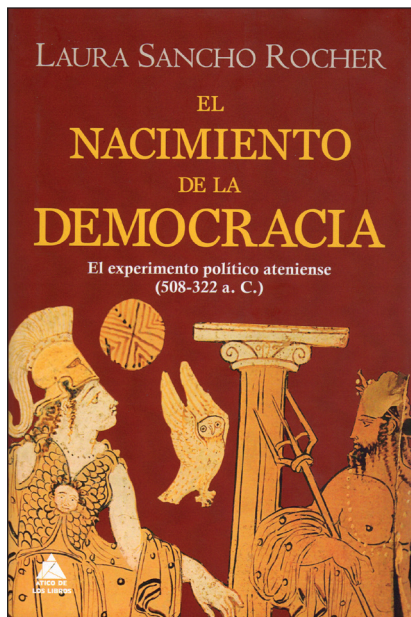


Sancho Rocher, Laura (2021). *El nacimiento de la democracia. El experimento político ateniense (508-322 a. C.)*. Ático de los Libros. Barcelona. 335 págs., figuras en b/n en el texto. ISBN: 978-84-18217-33-3.



Se suele decir que la formación ha de ser permanente pero pocas veces se recuerda que debería incluir temas tan esenciales para la ciudadanía como el de los orígenes del sistema político democrático. Para esa tarea el lector hispánico dispone ahora de una valiosa herramienta en el libro de la Dra. Laura Sancho Rocher, catedrática de Historia Antigua en la Universidad de Zaragoza, autora de acreditada trayectoria docente e investigadora sobre el período clásico. La obra no solo divulga, dada su claridad y rigor también es útil para el estudiante universitario y para el estudioso, un terreno hasta hace poco reservado a traducciones de obras extranjeras. Y no es que la antigua Grecia sea desconocida, el problema estriba en qué imagen se suele tener de ella después de los sucesivos recortes en los programas de estudios y el tamiz de la literatura, el cine y los videojuegos. Bien puede resultar que se vea como ese país, hoy con heridas económicas, heredero de aquel otro donde los dioses animaban a unos hombres capaces de entrar en Troya, resistir firmes como espartanos o seguir a Alejandro hasta el fin del mundo, y con una Atenas que, de paso, inventó la democracia. Pero esta última debía ser muy aburrida, pues casi nunca es hoy centro de atención mediática. Cuando nuestro mundo se ve sacudido por tensiones derivadas de conjugar los derechos individuales con medidas protectoras de la colectividad ante epidemias o ataques terroristas, o cuando hemos visto turbas intentando asaltar parlamentos —el caso más estridente ante el “santuario” de la democracia moderna, el Capitolio americano—, volver la vista a “los orígenes” no constituye un ejercicio erudito, ni un refugio, sino una necesidad apremiante para comprender pasado y presente.

El libro consta de introducción, siete capítulos y un epílogo. La introducción se abre con dos citas de Heródoto para mostrar que los griegos pronto imaginaron a los persas como súbditos no libres de un tirano; por el contrario, veían que sus estados los autogestionaban hombres libres sometidos a las leyes. Todo había comenzado hacia el 800 a. C., cuando fue apareciendo la *pólis* (ciudad), la forma básica de organización, autónoma, reducida en el espacio, una sociedad “cara-a-cara”. Allí son ciudadanos solo los varones mayores de edad y al principio casi siempre gobierna una minoría según el estatus de origen o las rentas, que reúne una asamblea formada por el *démos* (conjunto ciudadano) con escaso o nulo poder de iniciativa. En ese mundo surgió la *politeía*, una forma de vida mezcla de costumbres sociales, creencias religiosas, leyes, *paideía* (educación) y organización política, un conjunto que hoy ocupa una constitución. Que hablemos de un sistema más o menos democrático depende, esencialmente, de que la Asamblea se constituya en el poder soberano dotado de otros mecanismos introducidos de forma gradual. Se concluye con unas reflexiones sobre cómo ha sido considerada esa primera democracia en otras fases de la civilización occidental y un cuadro sobre la clasificación fiscal de los ciudadanos atenienses durante los siglos V y IV a. C.

Si la democracia llegó gradualmente, se entiende que se dedique todo un capítulo a esa antesala que es el siglo VI a. C., en la que Atenas aumenta de población, se hace urbana y su sociedad compleja. Con la reforma del legislador Solón (594/3 a. C.) y la tiranía de Pisístrato (desde el 546 a. C.) el *démos* se fortaleció frente a los aristócratas. Siguiendo recientes corrientes se acepta que, una vez asentada la democracia, esta fue la responsable de la construcción del mito del tirano como antítesis. Sobre el problema de las deudas agrarias que tuvo que resolver la reforma soloniana, hasta hace poco considerada el reflejo de unas relaciones económicas primitivas, con la ayuda de la arqueología vemos que en los siglos VII y VI a. C. no se amplió la superficie cultivada del Ática, el verdadero cambio fue dedicar una parte a la producción de aceite o vino y dirigirla al mercado exterior. En una sociedad que asumía nuevos retos, los campesinos pedirían créditos para introducir cultivos más rentables, pese a la situación de riesgo dadas las viejas condiciones jurídicas. La esclavitud por deudas es entendida ahora como una realidad reciente y Solón, un aristócrata que supo leer los tiempos, evidencia de que las relaciones sociales estaban mutando y se producía el rápido ascenso de gente nueva. Pero, además, la imposibilidad legal de esclavizar a un ateniense, fuera cual fuera su situación económica, hacía en el futuro a todo nacido ateniense necesariamente libre. Solón no pretendía crear una democracia, modelo que no existía en su época, pero, siguiendo a Aristóteles, se pueden admitir los primeros rasgos democráticos en la Asamblea postsoloniana, pues ya podía elegir sus dirigentes y penalizar el mal ejercicio del poder. Además, la división censataria significaba una clasificación por rentas para distribuir los cargos, lo que se interpreta como abrir a los nuevos ricos la posibilidad de alcanzar los puestos elevados. Fi-

nalmente, permitir que cualquier ciudadano pudiera iniciar un proceso judicial era también una forma de reforzar el sentido de comunidad, y la sentencia de un magistrado quedaba sometida a la instancia de un *démos* con posesión de voto secreto. La ciudad en ese momento era integradora de los que llegaban al Ática. La profesora Sancho recalca: dado el número y la cohesión de las reformas puestas en marcha es admisible la existencia de un grupo político detrás del gran hombre; y no deja de ser significativo que los tiranos de Atenas se condujeran respetuosamente con las leyes que aquel había fijado. A las reformas les siguió la rivalidad entre grupos de interés liderados por familias influyentes y, finalmente, la tiranía de Pisístrato y de su hijo Hípias. La tiranía no era un poder institucionalizado, sino más bien la hegemonía de un individuo sostenida por el consentimiento general y las medidas económicas que ayudaban a los pequeños campesinos; además, el tirano cobraba impuestos, lo que le permitió desarrollar una brillante política edilicia. Por ello muchos estudiosos actuales califican de democrática la tiranía de Pisístrato y admiten que la democracia adoptó muchos modos de actuación del régimen que la precedió. Entonces, ¿cómo valorar el episodio de los tiranicidas? Mal que les pesase a los atenienses, la caída de la tiranía se debió a la intervención espartana, pero, un siglo después y en guerra con esa ciudad, cuando la tiranía era considerada lo más hostil, los conspiradores —movidos por un asunto privado— fueron convertidos en héroes, pues resultaba de mal digerir que un gobierno personal no hubiera sido derrocado por el pueblo.

El capítulo segundo está dedicado a Clístenes y las guerras médicas. Casi nadie discute el papel de las reformas clisténicas en el desarrollo de la democracia, sí su finalidad. Con la expulsión de Hípias se volvió a la disputa por el poder entre las asociaciones en torno a hombres fuertes (nunca hubo partidos políticos en el sentido moderno). Iságoras era el favorito de los espartanos, pero su rival, Clístenes, dio un paso más allá, que recuerda a lo que hacían los tiranos: incluyó el *démos* entre sus seguidores, creando para ello la *Boulé* de los Quinientos, el consejo democrático que constituye el núcleo de las reformas. Vencedor en la pugna del 508 a. C., el proyecto democrático empezó a echar raíces y a tener consecuencias. Los antiguos lazos familiares y clientelares fueron ineficaces y todo fue gradualmente reformado: las tribus, el ejército ciudadano, el equilibrio entre campo y ciudad, el calendario y la adopción de un concepto clave: la *isegoría* (igualdad en la palabra pública). No es casual que a finales del siglo VI a. C. se fraguara el mito del sinecismo de Teso. A mayor definición en el estatus de ciudadano, la autora nos recuerda que corresponde el del meteco, el extranjero registrado en Atenas. Siendo un libro divulgativo no se renuncia a debatir términos: a finales del siglo no existía aún la *demokratía*, el objetivo de Clístenes solo era la apertura a una mayor participación de la totalidad de los ciudadanos, pero es innegable que lo que inició cobró vida propia en una evolución imparable hacia mayores cotas de igualitarismo. Hace algún tiempo que los estudiosos recalcan que con Clístenes se subs-

tituyó la vieja *eunomía* (el buen gobierno jerárquico), por la nueva *isonomía* (reparto político igualitario). Después vino la invasión persa. La inesperada victoria de Maratón (490 a. C.) fue un hito que alimentó el orgullo y la autoestima del joven sistema. La crucial década de entreguerras fue el momento en que se aplicó por primera vez el ostracismo (487 a. C.), a lo que no debe ser ajena la influencia de Temístocles. La exposición de los conflictos bélicos ocupa cierto espacio, pero tiene su justificación: la democracia fue, en buena medida, fruto de opciones estratégicas y militares. La construcción de una flota, así como las destrezas alcanzadas por los marinos atenienses, explican la victoria en Salamina. Los que remaban pertenecían a la mitad de la ciudadanía con menos recursos y, como bien comprendió Aristóteles, “el pueblo, al convertirse en causa del poderío naval en las guerras médicas, adquirió conciencia de su importancia” (*Polít.* 127a 13-15).

Los capítulos tercero y cuarto analizan la primera plenitud democrática; en el tercero se trata la Atenas imperial. Como se ha dicho, la flota era el elemento central: pública y construida en astilleros estatales, pero eran los particulares con medios (trierarcos) los que pertrechaban el barco y enrolaban remeros y tripulación, la cual cobraba un sueldo estatal y un complemento particular. Este elevado gasto privado se llamaba *liturgia* (servicio) y como premio conllevaba la *cháris* (aceptación popular), el triearco se convertía en capitán de la nave y podía aspirar en el futuro a los más altos cargos, como la *strategía* (generalato). Se pasa a tratar la fundación de la nueva alianza, la Liga Délica y la gradual deriva que llevará a la ruptura con Esparta, la otra potencia griega del momento. En especial, la rebelión de la isla de Tasos en el 465/3 a. C. marca un punto en el que los intereses específicos de Atenas desbordan los propósitos de la Liga. La relación con los aliados ha generado intensos debates y en este punto la autora es fiel a la explicación tucididea: el ansia de poder de Atenas se vio favorecida por el abandono de sus obligaciones militares por parte de los aliados. Y la presencia de la flota ateniense patrullando el Egeo mantenía a raya a los piratas, lo que resultaba beneficioso para el comercio de la mayoría de aliados. El lado negativo era psicológico: el deslizamiento de contribución común a impuesto. El concepto de autonomía (*autós + nómos*, el que se gobierna según sus leyes) surgió de manera espontánea del sentimiento de falta de libertad ante una política exterior por completo en manos de Atenas. Contrariamente a lo que en ocasiones se afirma, pese a trasladar desde Delos el Tesoro de la Liga, no se fundió nunca con el de Atenas, y solo en el 420 a. C. se hizo con el *demóision* (un tesoro público menor) para seguir financiando la guerra. La acusación de gastar el dinero de los aliados en el embellecimiento de Atenas fue obra de los rivales de Pericles, al que también acusaban del decreto que privaba a los aliados de la moneda propia. Los especialistas en numismática admiten que las monedas de las “lechuzas” se habían generalizado ya a mediados del siglo V a. C. de forma espontánea. El decreto debió ser limitado, pero contribuyó a la mala imagen; hoy empieza a aceptarse que la medida es tardía (420 o

414 a. C.) y que se tomó para agilizar una economía de guerra. Lo más interesante sobre los conflictos que siguieron entre las ciudades griegas hasta el 446 a. C. es que percibamos que, por primera vez, aflora la división interna en dos bandos: *démos* y *olígoi* (los pocos).

El capítulo cuarto analiza el período que la historiografía tradicional considera de la “democracia radical”. Comenzaría con la reforma de Efiltes (462 a. C.), cuando este arrebató al Areópago (consejo de exmagistrados) unos poderes tal vez “añadidos”, pero ello no se produjo a través del consenso sino en un ambiente crispado, que conllevó el asesinato de Efiltes. Las tres décadas siguientes van a estar marcadas por el liderazgo de un seguidor suyo, Pericles, y ya en 458 a. C. las reformas estaban consolidadas, año del estreno de la *Orestíada* de Esquilo. También se produjo la apertura del arcontado a la tercera clase censataria, finalizando el carácter aristocrático del Areópago. A partir de esas reformas se desarrolló la justicia popular, que pasó a ser una de las características esenciales del nuevo sistema, y la instauración del pago con media dracma por cada día que un ciudadano ejerciera de juez, cantidad que permitía alimentar a una familia durante ese día y abandonar las obligaciones laborales, fue el primer *misthós* (salario) político de la democracia —los altos cargos no cobraban, obtenían reconocimiento— y hacía posible la participación política de una inmensa mayoría trabajadora. Era de esperar la crítica de los enemigos de la democracia: se acostumbraría a los pobres a no trabajar, pese a que solo era una compensación parcial. El nuevo tipo de justicia ateniense ha sido denominado retórico, por la importancia de los discursos ante jueces mudos y numerosos, que votan secretamente. No existía algo parecido a un ministerio fiscal, por lo que la responsabilidad de que se hiciera justicia recaía en los particulares, aunque las demandas eran revisadas en primera instancia por alguno de los arcontes. Cada particular debía buscar, en su alegato o defensa, leyes, testigos o contratos. Además, dio pie a la aparición de los odiados sicofantas (acusadores profesionales). A Pericles se le atribuye también la ley de ciudadanía (451 a. C.), para ser ciudadano era necesario haber nacido de padre y madre ciudadanos. Atenas dejó de integrar extranjeros e hijos de matrimonios mixtos, ¿por qué poner un freno? La respuesta no está clara, pero coincide en el tiempo con el fracaso militar en Egipto (459/4 a. C.). Si se buscaba elevar el orgullo apelando a los sentimientos identitarios se consiguió, los atenienses se consideraron superiores y los más puros y antiguos de todos los griegos. La aplicación de la ley dio paso a una psicosis persecutoria hacia los eventuales falsos ciudadanos, rasgo nada amable del sistema democrático. A Pericles y a Aspasia se les dedican doce páginas (pp. 168-179), a las que sigue un repaso de las construcciones y el controvertido tema de los demagogos (*démos* + *ágo*, el que dirige al pueblo), lo que lleva a adelantar los protagonistas del capítulo siguiente. El debate final es si la democracia fue el gobierno “para” la mayoría o “de” la mayoría. La solución de la autora es recurrir a Aristóteles: nunca hubo un solo modelo de democracia (tampoco de

oligarquía), sino una gradación desde la democracia antigua, cuando el pueblo elegía a sus magistrados y los controlaba según la ley, hasta la nueva, que pagaba sueldos y los demagogos inducían a las multitudes a no respetar la ley. Por tanto, la pugna a finales del siglo V a. C. se trasladó a la ley: los oligarcas intentarán desde ahora derrocar la democracia por vías institucionales. En estas circunstancias se entiende que el sistema político de Esparta fuese para los antidemócratas atenienses un ideal que resumía todas las virtudes de las que carecía la democracia: disciplina, obediencia, austeridad y virtud guerrera. La construcción del mito de Esparta se ha mantenido hasta nuestros días.

Llegamos al complejo período de la Guerra del Peloponeso (431/04 a. C.), tratado en el capítulo cinco. Tucídides afirma que Pericles veía la guerra como inevitable y algunos contemporáneos culpan al dirigente de no haber hecho lo posible para evitarla; Tucídides era de la opinión que Pericles había previsto bien la estrategia bélica, y que si los atenienses hubieran seguido sus indicaciones habrían vencido. Los primeros años las cosas transcurrieron según sus previsiones, pero en el 424 a. C. Brasidas llevó una campaña a Tracia alterando las cosas. Y, de nuevo según Tucídides, los políticos que dirigían las masas priorizaron su rivalidad sobre el interés de la ciudad. La *stásis* (conflicto civil) sería la responsable última de la derrota. Las primeras divisiones surgieron del debate sobre la dureza mostrada con los mitilenos sublevados y la precaria paz de 421 a. C. Ese fue el momento del ascenso del controvertido Alcibíades, por quien el pueblo sentía recelo y atracción. Llegó a ser un problema y tal vez sea el mejor exponente de la generación educada por los sofistas en el período imperial que alcanzó la madurez en la segunda parte de la guerra, una fracción que dejó la democracia e intentó una revolución oligárquica. Alcibíades concibió la audaz campaña en Sicilia, aunque fue apartado de su dirección por las pugnas; como es sabido, la expedición acabó en desastre y allí se perdió parte de la flota y lo mejor de la juventud. No obstante, Atenas iba a rehacerse y todavía resistiría casi diez años. Con los restos de la flota en Samos se produjo el primer intento de golpe oligárquico (411 a. C.). En ocasiones se presenta como una opción moderada, pero cambiaremos de opinión cuando leamos la existencia de cripto-oligarcas que previamente asesinaron a algunos líderes contrarios y, pese a presentarla como temporal y acompañada de un proyecto, ese nunca existió. Los cambios políticos se sucedieron a ritmo de vértigo: los golpistas prescindieron de Alcibíades —quien pudo rehabilitarse como demócrata—, Terámenes fue motejado “coturno” (un calzado tan ancho que permitía ser cambiado de pie), debido a sus múltiples cambios de posición política. La idea de un grupo defensor de lo que podríamos llamar “democracia restringida” es un espejismo, en realidad pugaban oligarcas y demócratas, pero, con la fallida de los primeros, algunos pudieron cambiar de bando a tiempo. Restablecida la democracia y tras algunos éxitos militares, con la derrota de Egospótamos (405 a. C.) y el cerco a Atenas del año siguiente llegó la rendición. Solo *La Constitución de los atenienses* de

Aristóteles habla de la existencia de tres grupos políticos: oligarcas, moderados y demócratas, por lo que la autora plantea dudas y propone simplificar: dentro de los oligarcas había doctrinarios duros, dispuestos a todo, y los que consideraban viable una oligarquía con un apoyo mayoritario si no se maltrataba a los hombres admirados por el pueblo. La ocupación del espartano Lisandro impuso una comisión de treinta y a su favorito Critias, discípulo de Sócrates y tío de Platón, un teórico antes que un hombre de acción, representante de la línea dura de la oligarquía frente al cambiante Terámenes. La segunda interrupción de la democracia se inició en el verano de 404 a. C. y duró once meses caracterizados por una extrema crueldad. Los exiliados, dirigidos por Trasíbulo, volvieron y, tras un enfrentamiento civil, vencieron. En octubre de 403 a. C. se ofreció una amnistía, acto de generosidad del *démos*, aunque se lanzaron nuevas consignas de los valores democráticos.

Después de la derrota, el capítulo seis se dedica a la restauración (403/355 a. C.). En el convulso panorama del siglo IV a. C., Atenas no sufrió ninguna *stásis*. Las razones, nos recuerda la autora, debemos buscarlas en el equilibrio socioeconómico, en la mejora del sistema institucional y en el mal recuerdo de las dos breves etapas oligárquicas. Los atenienses, lejos de olvidar, convirtieron los delitos en un contraejemplo de valores de la democracia y la aspiración a recobrar el imperio marcó la primera mitad de la centuria. La numerosa legislación vigente fue revisada y se consolidó el mecanismo de la *graphé paranómon* (acusación por ilegalidad) por el que un ciudadano podía detener un debate cuando denunciaba la violación de la ley. No por ello, como sostienen algunos estudiosos, la democracia había dejado de ser “radical”, pues la Asamblea continuaba siendo la única instancia que podía autorizar el proceso. A principios del siglo se introdujo el *misthós* por asistir a la Asamblea y, coincidiendo con la creación de la Segunda Liga marítima (378/7 a. C.), se establecieron normas para recaudar la *eisphorá* (impuesto militar). Internamente, como las liturgias resultaban menos gravosas para los muy ricos, se aceptó que algunas cargas pudiesen ser compartidas por dos ciudadanos. La nueva tendencia a la profesionalización separó definitivamente a políticos de generales. Como reconoce la autora: “La idea de que la economía en Grecia no constituyó nunca un campo de actividad racional que buscara el provecho, sino que fue una práctica ‘incrustada’, está siendo sometida a revisión en las últimas décadas gracias a estudios sobre diversos aspectos de la actividad económica en épocas arcaica y clásica” (p. 263). En el siglo IV a. C. Atenas reunía un cuarto de millón de personas, de las que treinta mil eran ciudadanos, quince mil metecos, una población libre en torno a los ciento cuarenta mil y el resto esclavos. Los sectores industrial, comercial y financiero requerían tanta o más mano de obra que el primario, y eran más productivos. El comercio movía grandes bienes y daba empleo en los barcos entre seis mil y diez mil hombres; el puerto y los astilleros ocupaban a muchos otros en la construcción, reparación, carga y descarga; todo barco que recalaba en el Pireo tenía que pagar un 2 % del valor

de su carga, aunque su destino no fuese Atenas; y el campo producía bienes de mercado (aceite, vino, miel, lana), mientras se importaban ochocientos mil medidas anuales de cereal, para lo que se requerían seiscientos barcos de carga de ciento veinte toneladas cada uno. El sistema político ateniense garantizaba la seguridad jurídica necesaria para el desarrollo de la banca y del gran comercio de ultramar, dos actividades que algunos expertos han calificado de “precapitalismo”. En conclusión, la primera mitad del siglo fue decisiva para la democracia y los cambios institucionales introducidos los primeros años tuvieron efectos muy positivos para la estabilidad del sistema político. Pero los atenienses estaban atrapados en la imagen de un pasado glorioso: el imperio, un modelo costoso y difícil de reproducir. Fue necesaria la derrota ante sus socios para priorizar una democracia no imperialista. Por desgracia para Atenas, el cambio coincidió con el ascenso de Filipo de Macedonia, que acabó por frustrar el ensayo.

El último capítulo está dedicado a la fase final de la democracia, entre el final de la Guerra de los Aliados (355 a. C.) y la derrota definitiva ante Macedonia (322 a. C.). El fin de la guerra vino acompañado no solo de una crisis económica, sino también de otra de índole moral. La autora recoge recientes visiones que plantean a los grandes políticos liderando asociaciones laxas y variables, de carácter más personal que político. En estas coordenadas, se sugiere acabar con la tendencia maniquea que clasifica a Eubulo como pacifista y amigo de Filipo II. Eubulo y su grupo serían los responsables de haber organizado el Fondo del Teórico, subvención económica a los ciudadanos más pobres. Las políticas de Eubulo y de Demóstenes en esos años no diferían mucho: el primero creía poder contener al macedonio en el centro de Grecia, el segundo era partidario de hacerlo directamente en el norte desplazando fuerzas; el problema era cómo financiarlo y muchos estados griegos vieron a Filipo como algo lejano hasta la firma de la paz de 346 a. C. En Atenas eso dio pie a que los políticos se escindieran y se iniciara una resistencia que acabó con la derrota de Queronea (338 a. C.). La imparable progresión de Filipo fue acompañada en Atenas de la elaboración de un discurso de exaltación “nacional”: democracia y libertad fueron enaltecidas como lo contrario al “tirano” que encarnaba el macedonio. Demóstenes exacerbó ese discurso pues la ciudad, a diferencia del siglo V a. C., necesitaba que los ciudadanos sirvieran en el ejército para no depender de los mercenarios, y eso solo se podía conseguir derivando las subvenciones gratuitas. Para defenderse de la impopularidad inició inflamados discursos atacando a sus rivales, acentuando el carácter “bárbaro” de Filipo, y apelando al pasado, como si los contemporáneos considerasen que se había alcanzado el mayor patriotismo en otro tiempo. Tras la derrota, quizás por razones estratégicas, Filipo no invadió el Ática. La llamada “época de Licurgo” (338/22 a. C.) se caracteriza por la salvaguarda de la *autonomía* de Atenas, para ello los principales dirigentes renunciaron a participar en las revueltas antimacedonias. La llegada a la diadema del joven Alejandro animó a algunos griegos a intentarlo, pero el implacable castigo a que sometió

la ciudad de Tebas contuvo los ánimos. Pronto fue el regente Antípato el encargado de la vigilancia, pues el rey marchó a Asia. Atenas vivió un paréntesis de bienestar social y actividad económica. Se amplió la Pnyx (espacio de reunión de la Asamblea) y se construyeron más naves que nunca. El comercio produjo grandes ingresos y se dispuso de recursos para las reconstrucciones, la más emblemática el Teatro de Dioniso. Licurgo animó a los ricos a hacer donativos a la ciudad, a pagar por ejercer ciertos cargos y a financiar proyectos; se dice que intentó un programa de rearme potenciando la *efebía* (instrucción militar de los jóvenes); también se reformaron algunos cultos, el más singular el de *Demokratía*. Pero todo se hizo desde la prudencia, cuando Hárpalo, el tesorero desleal de Alejandro, se presentó en Atenas en el 324 a. C. con dinero y un pequeño ejército se convirtió en un problema. Pese a las prudentes posiciones unitarias iniciales, se gestó un sector rebelde, animado a la muerte de Alejandro. El triunfo definitivo de Antípato (322 a. C.) y el subsecuente suicidio de Demóstenes ponen el broche final a la democracia. El regente impuso una oligarquía, redujo el número de ciudadanos según rentas —muchos que la perdieron marcharon a Tracia— y una guarnición macedonia en el Pireo. Atenas ya no contaba en el mapa político, aunque guardó el prestigio cultural y cierto papel comercial, que todavía la harían famosa.

Un epílogo aporta comparativas con el presente. La lenta gestación de la democracia antigua se debió a la necesidad de dar respuesta a problemas sistémicos o coyunturales, y fue perfeccionada en el siglo IV a. C. cuando se aproximaba más al ideal moderno de estado de derecho. La democracia antigua y la moderna comparten ideales homologables como la igualdad, la libertad y el sometimiento a la ley, siempre que salvemos el abismo temporal y cultural, que permitía exclusiones de género y toleraba la esclavitud. La noción de libertad nació del combate contra el despotismo tiránico o persa, y no de la defensa de los derechos individuales frente a los comunitarios. La moderna idea liberal de representación y separación de poderes (ejecutivo, legislativo y judicial) era inexistente, pues la Asamblea podía ejercer una parte de cada uno de ellos. Un sofisticado modelo de equilibrios controlaba los cargos y hacía de freno a la inmediatez de las decisiones multitudinarias. Los mecanismos de sorteo y sueldos públicos hicieron realidad que “cualquiera” pudiera aspirar a la participación, aunque las altas magistraturas continuaron en manos de personajes preparados que inspiraban confianza. La literatura ateniense oligárquica fue creando la imagen de un *démos* tiránico al que no se oponía nada ni nadie, un arquetipo destinado a perdurar, por lo que los pensadores desde la Edad Moderna volvieron la vista a Esparta o a la República romana. El libro reivindica la antigua *demokratía* ateniense, que no fue el poder absoluto de las clases bajas sobre la minoría de los ricos, sino el reparto del gobierno entre todos y la soberanía indiscutible de la Asamblea bajo el respeto a la ley. La concordia cívica predominante en amplias fases de ese experimento es una prueba de las ventajas que el sistema tenía para toda la sociedad. El lector también encontrará un cuadro cronológico,

un glosario y una selecta bibliografía ordenada por subtemas. A quien no encontrará, porque no ha sido invitado al banquete, es a Sócrates. Su conocido juicio y condena en 399 a. C., cuatro años después que se restaurase la democracia, ha sido centro de largos debates y elemento esgrimido por las corrientes críticas con el sistema democrático ateniense, obviando que fue un suceso basado en una acusación privada sobre un delito considerado público pero irrelevante en términos políticos. La renovación de los conocimientos sobre Grecia está en marcha.

Ignasi Garcés Estallo
 Departament d'Història i Arqueologia,
 Facultat de Geografia i Història
 Universitat de Barcelona
 garces@ub.edu